



12° CONGRESO ARGENTINO DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL

La Plata, junio y septiembre de 2021

GT55: Miradas antropológicas de la niñez

Por el espacio íntimo y el espacio público para las pibas. Prácticas de un feminismo intergeneracional

Paula Nurit Shabel (CONICET-UBA) paulashabel@gmail.com

Resumen

La crisis económica, sanitaria y humana que desató la pandemia de Covid-19 profundizó desigualdades que se encarnaron especialmente en ciertos cuerpos feminizados y personas que viven en condiciones de hacinamiento, para quienes permanecer recluidos en el espacio privado representa un riesgo. El objetivo de este trabajo es analizar la experiencia de la pandemia que tuvieron niñas y adolescentes que viven una situación de precariedad habitacional en la Ciudad de Buenos Aires y que participan de la organización social La Caldera. Desde un trabajo etnográfico, estudio las creativas formas de encuentro generadas tanto por las adultas como por las niñas de la organización para abordar las situaciones de violencia y los modos en que dichos encuentros tensionaron las categorías público-privado-íntimo para darle lugar a una práctica feminista en clave intergeneracional fundada en una forma de cuidado no adultista.

Palabras clave: *Niñas; Espacio público y privado; Intimidad; Feminismo intergeneracional.*

Introducción

La pandemia mundial desatada por el virus Covid-19 obligó a las escuelas a cerrar sus puertas, así como a muchos otros organismos estatales que de un momento a otro pasaron a trabajar en modo remoto sin la preparación ni las condiciones necesarias. Lo mismo sucedió con los clubes y los parques, y con todos aquellos espacios que lxs niñxs suelen transitar y habitar, todo lo que va más allá del seno familiar y la lógica del espacio privado. Si bien este fue un proceso triste y difícil para la mayoría de las personas, invitamos a mirar con atención las especificidades del fenómeno para el caso de las infancias, y especialmente de aquellas feminizadas y viviendo en condiciones de precariedad habitacional. En este marco nos preguntamos: ¿Cómo afectó el aislamiento la vida de estas personas?, ¿Qué violencias sufrieron en este contexto?, ¿Qué estrategias se dieron para resistirlas?, ¿Con quienes se aliaron para hacerlo?

Para abordar estos interrogantes partimos, por un lado, de la crítica al hecho de que lxs niñxs han sido históricamente borradx del mundo de la política y la participación, siendo relegados, en el mejor de los casos, al lugar de objetos de cuidado con el derecho a ser protegidx por lxs adultxs (Quecha Reyna, 2015; Szulc, 2015). Esta operatoria colonial de minorización de la infancia (Liebel, 2020) ha generado opresiones específicas etarias, que se condensan en el término adultocentrismo (Duarte Quapper, 2012; Morales y Magistris, 2018), haciendo referencia al silenciamiento y exclusión que este grupo humano sufre bajo la excusa paternalista de que la infancia carece de capacidad para entender *realmente* el mundo. Por el otro, partiremos del análisis que Arendt (2020) realiza de las categorías público y privado para hacerla dialogar con algunas teorías feministas que han problematizado las configuraciones espaciales público/privado/íntimo/personal/político/común (Berlant, 1998; Lugones, 2010; Maffía, 2013; Federici, 2015; Hanisch, 2016; flores, 2017), dando cuenta de los hilos que unen estas dimensiones, así como de la violencia que se ejercen sobre los cuerpos - los feminizados en particular- para sostener esas categorías ordenadas de determinada manera.

Frente al triste panorama de crisis económica y humana del 2020 emergieron experiencias de resistencia feminista, formas del encuentro urdidas al calor de la necesidad y la creatividad, generación de espacios donde descansar por un momento y elaborar estrategias colectivas para transformar la situación de las niñas.

En este sentido, nos referenciamos en el feminismo porque “no sólo suministra un relato de la opresión de las mujeres. Va más allá de la opresión al proveer materiales que les permiten a las mujeres comprender su situación sin sucumbir a ella” (Lugones, 2010, p. 110) y encontrarse siempre con otrxs, donde ya el simple hecho de estar juntxs es una forma de ser algo más que aquello que los regímenes de poder nos tienen asignado.

En el presente artículo nos dedicaremos a analizar la experiencia de la pandemia que tuvieron niñas y adolescentes que viven una situación de precariedad habitacional en la Ciudad de Buenos Aires y que participan de la organización social La Caldera. Desde un trabajo etnográfico, estudiaremos las creativas formas de encuentro generadas tanto por las adultas como por las niñas de la organización, para abordar las situaciones de violencia y vulneración de derechos de las más pequeñas, y los modos en que dichos encuentros tensionaron las categorías público-privado-íntimo para darle lugar a una militancia feminista en clave intergeneracional fundado en una forma de cuidado no adultista.

Para ello realizaremos, en primer lugar, una presentación del campo y de las personas que lo habitan, luego una presentación de los conceptos de Arendt que nos sirven para pensar las categorías espaciales de la vida humana en comunidad. En tercer lugar, avanzaremos sobre el análisis en dos apartados que examinan los procesos que se dan a la par en el encuentro: de lo privado hacia lo público y hacia lo íntimo. Cerramos con unas palabras donde repasamos las conclusiones y nos animamos a esbozar algunas ideas generales acerca de las experiencias intergeneracionales de militancia feminista.

Etnografiar la pandemia desde el barrio

El trabajo etnográfico que aquí presentamos fue desarrollado entre marzo y septiembre del año 2020 en el seno de una organización social que despliega su trabajo en distintos barrios de la Ciudad de Buenos Aires hace más de diez años. La llamaremos La Caldera para preservar las identidades de sus participantes y su labor.

El resultado es un registro del proceso de permanentes sobresaltos y acomodaciones que obligaban a la organización a reformular sus planes,

reformulando al mismo tiempo la investigación que estábamos realizando en su seno. La excepcionalidad absoluta que significó el escenario de pandemia le planteó al quehacer antropológico nuevas preguntas que aquí se fueron resolviendo en la propia práctica, en las conversaciones con las niñas y educadoras acerca de dónde y cuándo y cómo podía llevarse adelante dicha labor. Nada que sea especialmente novedoso para la práctica antropológica en general.

Presentamos a continuación aquello que fue posible de registrar en este contexto, donde las tareas se cumplían lo más rápido posible y las conversaciones presenciales se concretaban escasamente. Palabras recortadas en medio de una vorágine de acontecimientos difícil de entramar desde la práctica etnográfica emprendida en medio de las medidas de aislamiento. Lo que no presentamos es una valoración moral de la acción feminista ni un cálculo cuantitativo sobre el grado de feminismo de la organización, ni el nivel de participación de las partes. Es, apenas, un relato analítico de lo que allí sucedió, desde cierta perspectiva epistemológica, que nos acerca a una forma posible de abordar tanto las violencias como la acción colectiva intergeneracional que a su alrededor se urde para resistirlas.

Niñas de espacio privadas

Para abordar la experiencia que las niñas de La Caldera tuvieron sobre la pandemia tomamos ciertos puntos del análisis que Arendt desarrolla sobre las distinciones entre “La esfera pública y privada”, nombre del segundo capítulo de su libro *La condición humana* (2020), publicado originalmente en 1958. Allí la autora estudia las significaciones de las categorías público y privado en su génesis del mundo antiguo, que entendemos pueden sernos útiles para pensar algunos de los procesos sociales que se dieron durante el aislamiento. La distinción fundamental entre dichos espacios, que recupera de la Grecia clásica, es el reflejo de la oposición entre familia y polis, siendo esta última el espacio común donde se encontraban los ciudadanos (masculinos propietarios) en su carácter de igualdad. Por el contrario, el espacio privado de la familia era gobernado por un patriarca siempre en condiciones de superioridad para con el resto, lo que lo convertía en un espacio carente del encuentro con otrxs iguales. En estos términos, aquellas personas que habitaban

solamente el hogar -mujeres, niñxs, esclavos- no podían terminar de considerarse humanos:

Vivir una vida privada por completo significa por encima de *todo* estar privado de cosas esenciales a una verdadera vida humana: estar privado de la realidad que proviene de ser visto y oído por los demás, estar privado de una «objetiva» relación con los otros que proviene de hallarse relacionado y separado de ellos a través del intermediario de un mundo común de cosas, estar privado de realizar algo más permanente que la propia vida (Arendt, 2020, p. 67, itálicas del original).

Así, la vida privada estaba ligada exclusivamente a satisfacer las necesidades biológicas, donde necesidad se oponía a libertad en tanto posibilidad de hacer otra cosa más allá de la supervivencia, más allá de unx mismx. Allí no habría otrxs más que por lo que me sirven para sobrevivir, no habría gusto por el encuentro ni diálogo. Desde este lugar, la vida privada estaría regida por una lógica despótica de la urgencia por la producción y la reproducción de la vida, lo que le otorga a unxs más poder que a otrxs.

Si bien la autora desarrolla las transformaciones que esto sufrió con la vida moderna, queremos centrarnos en lo que esa cita nos convida a reflexionar, porque tiene que ver con las vidas de las jóvenes con quienes realizamos la presente investigación. Lo que nos devuelve el registro de Lara, citado al comienzo del artículo, es una experiencia de la vida privada donde el encuentro con otrxs en pie de igualdad no está dado por sentado, sino que es peligroso y costoso. Lo mismo va a suceder con Estefi (14) y Naye (8), protagonistas de las próximas escenas plasmadas en estas páginas, para quienes el encierro en sus hogares hacinados se vuelve violento y agobiante, como consecuencia de la vulneración general de sus derechos y las medidas sanitarias tomadas por el Estado para contener la pandemia. Esto no significa que dichas medidas hayan sido las incorrectas ni les quitan el sentido de cuidado con el que fueron implementadas, pero sí nos acerca a la espesura social de los modos en que una política de pretensión universal se encarna en cuerpos particulares.

Volviendo al análisis y avanzando sobre nuestra hipótesis de trabajo, ya más allá de Arendt, proponemos pensar que la privacidad *privativa* del espacio doméstico que

estudiamos en el campo tiene las características descritas para el caso del espacio familiar griego, opuesto al espacio público de la polis. Asimismo, dicho espacio privado se opone, en este caso, al espacio íntimo porque lo que sucedió en el período de aislamiento estricto liquidó tanto el encuentro de las niñas y adolescentes con otros, como el encuentro con ellas mismas. Lo que queremos decir es que las jóvenes vieron clausurados sus espacios donde dialogar con otras personas en vínculos marcados por la libertad y el acuerdo, lejos de la asimetría de poder. Del mismo modo, ellas descubrieron obstaculizada la narración íntima de la experiencia personal frente a la avasallante lógica de la vida familiar y las condiciones de hacinamiento que cercenaron toda instancia de soledad e introspección. Esto no significa que antes del aislamiento sucedieran ambas cosas, sino que a partir de su aplicación se alejaron efectivamente como posibilidad. Frente a esta situación, dentro de la organización social La Caldera se gestaron estrategias de encuentro intergeneracional que permitieron restituir parte del espacio perdido hacia uno y otro lado.

Encuentro: de lo privado a lo público

Cuando me conecto a la videollamada del equipo de educadorxs de primaria Francisca (24) ya está comentando que hacia el final de su videollamada semanal con Naye (8) para hacer la tarea la niña se puso a llorar desesperada al grito de “no puedo más, estoy cansada de hacer la tarea y estar encerrada” y se quejó mucho del modo en que su mamá la trata, cómo la obliga a estudiar y quedarse quieta, llegando a coaccionarla físicamente. Las otras cuatro educadoras que participaban de la reunión comentaron que a Naye le viene costando la quietud del aislamiento en la pequeñez de su hogar y que desde hace unas semanas eso se intensificó, así como la virulencia de su madre, que les dijo a las educadoras en una charla telefónica que estaba completamente desbordada. Después de describir un poco mejor la situación que está atravesando Naye, barajaron algunas opciones, que le presentarían a la niña la semana próxima.

(Registro de campo, agosto 2020)

Una de las adultas de La Caldera se encontró con Naye una vez por semana los casi cuatro meses que siguieron de ASPO en la Ciudad de Buenos Aires. Salían a pasear, a caminar, conversaban y jugaban en la plaza y en la vereda. Las

educadoras también le habían ofrecido hacer terapia en un espacio gratuito que suele trabajar en forma articulada con la organización y hacer un deporte en un club de barrio con el que también se acoplan en las acciones barriales, pero todas las opciones mantenían la virtualidad y Naye quería salir de la casa, necesitaba correr un poco y estar lejos de su familia un rato.

Proponemos pensar estas instancias de encuentro intergeneracional, de Lara y de Naye con las educadoras, como un tránsito de lo privado hacia lo público en dos sentidos: en tanto creación colectiva e igualitaria de otros modos de vivir en comunidad y en tanto puente hacia el Estado y la política pública. Comenzamos por el primer punto, volviendo al texto de Arendt, donde el espacio público es aquel que no está atado a las necesidades biológicas más básicas de reproducción, sino que allí se hacen otras cosas, como conversar o esparcir el cuerpo. Asimismo, es un espacio que reúne a aquellxs que se pueden dar el lujo de dedicarle tiempo a esas otras cosas que no son necesidad, que pueden estar un rato de la semana haciendo algo que no es necesario, sino deseado y elegido. Esas otras cosas son las comunes, de las que se puede conversar más allá de unx mismx, pero no porque no tengan relación con unx, sino por contrario, es porque tienen relación con unx en tanto parte de algo más:

Vivir juntos en el mundo significa en esencia-que un mundo de cosas está entre quienes lo tienen en común, al igual que la mesa está localizada entre los que se sientan alrededor; el mundo, como todo lo que está en medio, une y separa a los hombres al mismo tiempo.

La esfera pública, al igual que el mundo en común, nos junta y no obstante impide que caigamos uno sobre otro (Arendt, 2020, p. 62)

El encuentro público de las educadoras con las niñas de La Caldera fue, en cada caso, una invitación a la conversación entre iguales, que a veces era propuesto por las adultas y otras era reclamado por las jóvenes, ubicando a la violencia en el centro del debate, como aquello que preocupaba a todas. Así, el encuentro volvió público lo que le pasaba a las niñas al darle el valor de interés común y hacerle el tiempo y el espacio para discutir distintos puntos de vista sobre el hecho, sin desconocer las condiciones diferenciales desde las que habla cada una:

la realidad de la esfera pública radica en la simultánea presencia de innumerables perspectivas y aspectos en los que se presenta el mundo común y para el que no cabe inventar medida o denominador común. Pues, si bien el mundo común es el lugar de reunión de todos, quienes están presentes ocupan diferentes posiciones en él, y el puesto de uno puede no coincidir más con el de otro que la posición de dos objetos (Arendt, 2020, p. 66).

La igualdad de la que todo se tiñe cuando ubicamos el encuentro en el terreno público no elimina las condiciones desiguales de las participantes ni mucho menos la diversidad de opiniones, no es la igualdad que Arendt llama social y que hoy concebimos en el mundo de la ciudadanía moderna. Es la igualdad del universo compartido creado al calor de la actividad cotidiana en La Caldera por más de diez años, y un interés por construir vidas más vivibles en los términos en los que cada una y todas a la vez consideren, con la tensión constante sobre la responsabilidad adulta frente a esa violencia sufrida por las jóvenes. Es una igualdad que ensancha los propios límites del espacio público al incluir allí la experiencia infantil.

Esta publicidad que adquiere la vida de las jóvenes en el encuentro, en el sentido de que su vuelve visible para lxs demás interpelándolxs, es a la vez su proceso de politización, justamente porque dirige la atención de lo común hacia allí. Y una vez allí, diría Arendt, es posible debatirla y actuar conjuntamente sobre ella y sobre el mundo en relación con ella. Esta idea nos resuena en lo que es hoy una de las consignas más famosas del feminismo local: *Lo personal es político*. En esta frase, que se convirtió en el título del libro de Hanisch publicado en 1969, los grupos de autoconciencia feminista de Estados Unidos condensaban su necesidad de juntarse a conversar entre mujeres, de contar y escuchar a otras, de sacar conclusiones colectivas sobre todos esos relatos para dejar de culparse por esa violencia sufrida y elegir conjuntamente cómo actuar en el mundo para combatirla. Más allá de los debates específicos suscitados en torno a esta publicación, la consigna nos recuerda que encontrarse y narrarse con otras personas es un momento fundamental de la vida política que tuerce las relaciones de poder que subsumen.

En este sentido, cuando decimos lo personal es político hacemos referencia, junto a aquel feminismo, a la posibilidad de articular la experiencia personal con un entramado de poder general y con la existencia de otrxs con quienes compartir dicha

experiencia, para salir del silencio y la invisibilización que revictimizan. Aquí la participación política es siempre con otros que escuchan y actúan, además de actuar escuchando.

Encuentro: de lo privado a lo íntimo

Como cada semana, tres compañeras de la organización llegan a una de las casas tomadas del barrio el lunes a las 13.30hs con los bolsones de comida para repartir entre las familias. Mandan unos mensajes, hacen unos llamados y en pocos minutos ya está puesto en marcha el esquema de reparto. Mientras una compañera se queda en el sector común de la planta baja ocupada en esa tarea, las otras van a buscar a los niños a sus habitaciones. Me acomodo detrás de Noelia que sube hasta el primer piso y toca la primera puerta a la derecha al grito de: “Estefi soy Nooooooooooooo”. Estefi sale de su cuarto y la saluda con el codo, igual que a mí.

Noelia: -¿Cómo va todo por acá?

Estefi: -Bien... ahí andamos

Noelia: -¿Qué pasó?

Estefi: -Nada

Noelia: -Dale, ¿qué pasa? No parece que estuviera todo bien

[Estefi encoje los hombros en un gesto de no sé y no me importa]

¿Querés que charlemos un rato?

[Estefi repite el gesto de los hombros y su cara se arruga en una mueca incontinentemente angustiada]

Noelia: -Salgamos a dar un paseo, así charlamos tranqui, ¿dale?

Estefi: -Bueno, pero andá a decirle vos a mi mamá porque si no, no me va a dejar

(Registro septiembre 2020)

Lejos de la posibilidad de tener un cuarto propio donde descansar, escribir o reflexionar sobre aquello que sucede, las niñas y jóvenes que viven en casas tomadas de la ciudad se encuentran cotidianamente privadas de la soledad alegre que puede ser experimentada en una casa con habitaciones y puertas. De hecho, en general las infancias se encuentran privadas del derecho a la privacidad por el sólo hecho de ser *menores* y estar a cargo de alguien más, en tanto el adultocentrismo confunde cuidado con posesión. Nada de esto se gestó en la pandemia, pero sin duda se agudizó entre la crisis económica y el encierro:

Noe y Estefi están sentadas en la plaza que queda a cuatro cuadras de la casa. Antes pasaron por una panadería y se compraron un pedazo de torta para cada una

Noe: -Contame, ¿cómo están las cosas en casa?

Estefi: -Maso. Es que ayer vino la policía a la casa, hubo tiros y se llevaron a dos. Están re zarpados los pibes que salen a robar y no se rescatan, no hacen nada en todo el día, sólo paquearse y salir a afanar. Encima arman bardo en el barrio y ya nos amenazaron con que nos van a rajar varias veces. Yo me voy a lo de mi viejo de última, allá en la provincia, pero si lastiman a mis hermanas los mato

(Registro septiembre 2020)

La conversación prosiguió un largo rato en el que Estefi relató varias situaciones de violencia presenciadas en su casa, expuso sus miedos, sus deseos y discutió con Noelia la posibilidad de irse a vivir a la Provincia (de Buenos Aires) con su padre, con y sin sus hermanas. Traemos en este punto a Berlant para pensar la configuración de la intimidad de estas jóvenes, en tanto la misma puede ser solitaria, “pero la intimidad también aspira a una narrativa sobre algo compartido, una historia sobre una misma y sobre los otros que va a terminar de algún modo particular” (1998, p. 281). Tomamos este concepto, entonces, como una característica que pueden adquirir los vínculos, como un espacio que se crea *entre* las personas y que resulta necesario para que la vida sea vivible.

Esa intimidad se abre como instancia donde gestamos nuestras propias narrativas de vida y nuestras fantasías: “Repensar la intimidad es evaluar cómo hemos sido, cómo vivimos y cómo nos podemos imaginar vidas que tengan más sentido de las que estamos viviendo” (Berlant, 1998, p. 286). Esta invocación a la imaginación como ejercicio necesario de la intimidad resuena en las palabras de Butler: “la fantasía no es lo opuesto a la realidad (...) La fantasía es lo que nos permite imaginarnos a nosotros mismos y a otros de manera diferente (...) La fantasía apunta a otro lugar y, cuando lo incorpora, convierte en familiar ese otro lugar” (citada en flores, 2017, p. 38). En este sentido, las conversaciones entre las mujeres adultas de La Caldera y las niñas y jóvenes adquieren el carácter de intimidad porque, creemos, habilitan la palabra, la emoción y la corporalidad para volver sobre lo que sucedió y sucede de una manera a la vez propia y compartida, para contar la

propia historia de un modo que sea posible y que a la vez empuje hacia aquello que excede su posibilidad.

Asimismo, la intimidad se sostiene en la confianza que las jóvenes tienen para con las adultas de la organización, forjada en años de trabajo conjunto. Y con confianza nos referimos aquí a varias cosas. Por un lado, a la trama afectiva que une a quienes se organizan en La Caldera llevando a los cuerpos la tranquilidad de que no serán juzgados por sus situaciones o sus accionares en la narración íntima, algo similar a lo que describe flores para la pedagogía reparadora: “[una] trama afectiva de la posicionalidad espacial *junto a*, dado el protagonismo que activa, la incertidumbre que genera, el devenir que acontece, el fluir al que invita, la exploración subjetiva que incita” (2020, p. 2012). Por otro lado, la confianza se aproxima en la seguridad de saber que después de esa narración ninguna decisión será tomada sin el acuerdo de quien la realiza. Volviendo a la idea que nos convidaba Arendt sobre el encuentro entre iguales, en La Caldera las resoluciones sobre los modos de abordar cada situación se conversan intergeneracionalmente hasta llegar a una conclusión conjunta donde concurren los diversos puntos de vista que mencionábamos en el apartado anterior. Esta experiencia se aleja del paternalismo que suele caracterizar a las relaciones entre grupos de edades (Liebel, 2020), más no de las prácticas de cuidado y la responsabilidad que las adultas de La Caldera asumen como objetivo político y ético para con las jóvenes de forjar una vida más vivible para ellas, en sus propios términos.

Durante los meses de aislamiento, el espacio físico de aquella intimidad resultó ser mucho más el espacio público que el doméstico, volviendo a esa idea de potencia feminista que adquiere la práctica de ocupación de la plaza pública en la historia feminista: “el encuentro de los cuerpos en el espacio público constituye de por sí, como dijera Butler, una política de la alianza que instaura nuevas formas de relacionarnos” (Nijelsohn, 2019, p. 149).

Algunas conclusiones

A lo largo de estas páginas nos aproximamos, desde una perspectiva etnográfica, a comprender la experiencia de aislamiento de las niñas y adolescentes que viven en casas tomadas de la Ciudad de Buenos Aires y participan de La Caldera. La

conclusión a la que nos arrimamos, como clave de lectura para acercarnos a la compleja trama social de desigualdades que se materializan en los cuerpos de estas jóvenes y no como una verdad absoluta, es que su experiencia de vida durante la pandemia estuvo ligada a la reclusión en el espacio privado, lo que coartó sus posibilidades de encuentro con otros en tanto iguales y consigo mismas. Frente a esta situación, la organización social generó intersticios de encuentro intergeneracional donde lo privativo/privado cedió espacio a lo público y lo íntimo.

En este punto, quisiéramos resaltar el doble rol de las organizaciones sociales de niñez durante la pandemia, que se ocuparon de tender puentes entre las más jóvenes y el Estado, a la vez que produjeron fugas de lo institucional sobre aquello que es incontenible en un protocolo. Seguramente sucedieron intercambios similares de niñas y adolescentes con docentes, trabajadoras estatales, vecinas, miembros de la propia familia y otras tantas redes de solidaridad feminista que se crearon durante la pandemia. Y, seguramente, algo de lo que aquí estudiamos también sucedía y sucede más allá del tiempo signado por las medidas sanitarias de la pandemia. Como ya lo han denunciado teóricas y organizaciones feministas en todo el mundo, más allá del ASPO, el espacio privado del hogar puede no ser un espacio feliz, especialmente para mujeres y niñas y para personas que habitan en condiciones de hacinamiento. Esto no nos lleva en una línea recta a demonizar a las familias y aumentar su control sobre ellas (mucho menos cuando se trata de familias pobres que suelen estar sobrevigiladas), sino de valorizar la existencia de otras experiencias de infancia en la configuración de esta etapa de la vida, especialmente las que invitan a participar desde los transfeminismos.

Referencias bibliográficas

Arendt, Hanna (2020). *La condición humana*, Buenos Aires: Paidós

Berlant, Laura (1998). Intimacy: A special issue. *Critical inquiry*, 24(2), 281-288.

Traducción: <https://www.revistatransas.com/2020/07/16/intimidad/>

Duarte Quapper, Claudio (2012). Sociedades adultocéntricas: sobre sus orígenes y reproducción. *Última década* N° 36. CIDPA Valparaíso.

Federici, Silvia (2015). *Calibán y la bruja*, Buenos Aires: Tinta limón

flores, val (2017). *Tropismos de la disidencia*, Buenos Aires: Palinodia

- flores, val (2020). ¿Una agenda de derechos, qué agenda de afectos es?, entrevista realizada por Mattio, E., y Dahbar, M. V, *Revista Heterotopías del Área de Estudios Críticos del Discurso de FFyH*, 3(5), pp.1-15.
<https://revistas.unc.edu.ar/index.php/heterotopias/article/view/29088/29922>
- Hanisch, Carol (2016). *Lo personal es político*, Santiago de Chile: Feministas lúcidas.
- Liebel, Manfred (2020) *Infancias dignas. O como descolonizarse*, Buenos Aires: El colectivo
- Maffía, Diana (2013). *Contra las dicotomías: feminismo y epistemología crítica*, Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires. Disponible en: dianamaffia.com.ar/archivos/contra_las_dicotomias.doc, 15/4/2013
- Nijelsohn, Malena (2019). *La razón feminista. Políticas de la calle, pluralismo y articulación*. Buenos Aires: Editorial Las cuarenta y El río sin orillas
- Quecha Reyna, Citlali (2015). Niñas cuidadoras en contextos migratorios: El caso de las poblaciones afrodescendientes en la Costa Chica de Oaxaca. *Cuicuilco*, 22(64), 155-175.
http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-16592015000300008
- Szulc, Andrea (2015). *La niñez mapuche. Sentidos de pertenencia en tensión*, Buenos Aires: Biblos.